

Sigue la flecha Amar-y-ya

23 km hoy. Nada mal. Me había propuesto 15 como máximo. 44 años, dolores de espalda y de tobillo hacen que una se cuide más. Deberes cumplidos: cama preparada, ropa lavada tomando el sol, pies a remojo en una palangana de agua fría, ahora a descansar. Miro a mi alrededor, y sinceramente, me entristece la vista, cada peregrino está con su móvil. Nadie habla. quizás me equivoqué, quizás el camino ya cambió tanto que no merece la pena... Hoy me paré a observar a la gente que cruzaba, a los que me deseaban buen camino con acentos diversos, los que no levantaban la mirada, los que parecían perdidos en el infierno. Y “jugué” a clasificar los peregrinos:

El don “pupitas” que te cuenta y enseña, si le dejas, cada una de sus ampollas. El gran maestro del camino que te nombra uno a uno todos los caminos que hizo, los albergues donde paro, lo que hay que hacer y lo que no... El deportista competitivo que antes de preguntarte por tu nombre te dice cuantos km hizo hoy. El peregrino de los santísimos almuerzos que se conoce todos los bares de cada etapa. El ligón que te mira y te invita a un masaje de pies después de una copa de vino. Y finalmente los como yo, “happy flowers” que ven belleza en todo, señales en cada pétalo, amor en cada paso.

¡El camino es muy duro! clamó María anoche, cuando nos comentó a todos los oyentes de la cena comunitaria sus 243000 km recorridos desde su jubilación. Para mí, el camino es como un huevo. Si lo quieres duro, será duro, pero también puedes tomarlo crudo, revuelto, frito, mezclado. Siempre será llenó de energía, de vida. Lo importante, al fin y al cabo, no es el camino, es como lo vives tú. En este pensamiento estaba yo cuando se acercó Bart el de Louisiana cantando una canción. 1m95 por lo menos, barba blanca a lo Papa Noél, mucho hueso, poca chicha, ojos de águila y una toalla alrededor de la cintura como falda. Su aspecto y su sonrisa me hicieron ir al grano. Nada de “small chat” que ya ambos hemos recorrido bastante. Aunque era nuestro primer encuentro, uno reconoce los peregrinos de larga distancia de los recién estrenados.

—¿Cuál es tu objetivo en este camino? Tomó su tiempo antes de responder. Quizás encontrar ideas para mis canciones...

—¿Y tu? Yo... Hace 10 años hice el camino buscando un hijo. Y lo tuve. Ahora estoy buscando un empleo... Pero creo que esa es mi tapadera. La verdad, es que siento que me perdí un poco a mi misma. Me noto cada día más adicta a las pantallas, comiendo peor y sin masticar, con poca paciencia y menos risas. Espero que este paréntesis me ayude a reencontrar mi esencia.

Ruidos de mochila, de bastones y cremalleras, el despertador peregrino está en marcha, son las seis de la mañana, hora de despertar y continuar. Después de unos km, me alcanza una joven alemana del tipo deportista. Se para a mi lado y me comenta que tiene que aprender a disfrutar del momento presente. Y cuánta razón tiene...EL presente es todo un “presente” le explico. O más bien, me recuerdo a mi misma. Mi Joana camina conmigo, se atreve a cerrar los ojos y dejarse guiar por mi bastón, pone una piedra en un mojón y después de un descanso toma su arco y sigue su batalla, no sin antes escuchar mi canción favorita del momento: “ Puertas se abren, puertas se cierran, estoy a salvo, solo es un cambio, aleluya...”

Y con unos pasos más, llegué al albergue de la sonrisa. Nos juntamos varias peregrinas formando así la cena internacional que anhelaba. Contamos nuestras hazañas, comento mi encuentro de hoy, canto de nuevo la canción y nos vamos a practicar la meditación de los ronquidos: intentar dormir prestando atención a mi respiración en vez del mosquito y de la sonata nocturna a varias voces habitual de un dormitorio compartido. Al despertar, recibí la noticia: se había muerto mi amiga Lupe, la que me había enseñado la canción de ayer, la canción de las puertas. ¿Coincidencia?

Mi siguiente etapa me lleva al albergue de donativos de Corcubión. Los calurosos abrazos me liberan de mis lágrimas hasta ahora encerradas en mi ser. Y cuando a la cena veo al lado del plato de sopa el regalo de los voluntarios: una flecha amarilla, entiendo de pleno el sentido del camino: la flecha es amarilla porque en este camino se trata de Amar y ya. Solo puedo agradecer y preguntar cómo puedo yo también ser voluntaria en un albergue. La respuesta es larga, y no corresponde a este relato, así que seguiré mi camino de tinta para plasmar mis vivencias. Solo contar que al llegar al albergue de Finisterre, la responsable me

encargó la llave para cerrar por la noche y abrir al alba... Pides y el universo, o sea quien sea quien escuche los deseos, se encargará de cumplirlos.

Nuevo día, nuevos encuentros, nuevos retos y pequeños grandes milagros. Ese día Galicia me regaló su bendición con unos 20 km de lluvia intensa. El cielo lloraba los males del mundo, o por lo menos los míos. Me recordaba la belleza de estar viva al sentir el agua y el viento sobre mi piel, el placer de llegar a un albergue para secarse y tomar algo caliente en pleno mes de julio. Algo totalmente impensable en Valencia. Así me acogió Muxía y sus poderosas piedras. Con una pareja de voluntarios más ángeles que humanos, un buen vino en la azotea del albergue y una puesta de sol a lo Hollywood.

De nuevo estaba sola en mi camino, el fin del mundo fue la despedida de mis amigos del caminar: Claire, Bart, Stephan y tantos otros nombres innombrables. Cada paso, un recuerdo, cada km una canción. Resuena en mi mente el himno del peregrino mientras arrastro mis pies en esos interminables diez primeros kilómetros de costa dirección Santiago de Compostela. El siguiente albergue abierto será mi hogar por la noche. Hoy todo mi ser me pide parar. Y bueno, el camino es una caja de bombones, nunca sabes lo que te va a tocar. Este albergue me sorprende con su modernidad, parece una nave espacial. Cada cama tiene su televisor... Lo que me faltaba por ver, el peregrino enchufado. Tengo ganas de huir, pero algo dentro de mí me invita a quedarme. Efectivamente, una hora más tarde aparecen dos peregrinas en muy mala condición. Ambas portuguesas camina más de 40 km por día en sandalias. Sus pies ya no son pies. Decido salir a buscar a la dueña del albergue para pedirle consejo sobre los buses y horarios, para que la pareja pueda llegar al final sin dañar más su cuerpo. Me encuentro a Nieves, la señora hospitalera, hablando con una vecina pitoresca: rastas hasta los pies, dos bulldogs como guardianes y una cesta de mimbre llena de hortalizas. La vecina en cuestión me escucha atentamente, va a ver los pies y declara ser terapeuta experta en reflexología podal. Cuidó nuestros pies a las tres por amor al arte, o quizás por sentirse ella también un poco parte de este camino hacia la luz. Lo que sí es seguro es que fue un bálsamo al alma para seguir con fuerzas hasta la meta. Me viene a la mente una nueva canción: " Cada uno de mis actos, es un acto de amor, para quien que lo goce, sienta el suave susurro del abrazo de Dios."

Finalmente, alcancé la catedral de Santiago. Esta vez, sí, con lágrimas en los ojos. tengo tres horas libres antes de tomar mi bus y avión hacia casa. El tiempo perfecto para un helado, un vino y la misa de la víspera. Como buena peregrina, entro con mi olor a sudor, pies y emoción y me pongo en el único banco con todavía un hueco. El quinto a la izquierda del altar, justo delante de cuerdas gruesas. El salmista entona el magnificat, el botafumeiro sube hasta el cielo y yo tiemblo de pies a cabeza. “Podéis ir en paz...” Me quedan 10 minutos para encontrar el bus que me llevará al aeropuerto. La señora que pasó el cepillo, me mira, me pregunta a dónde voy, me da un abrazo diciéndome “Dios es amor” y me invita a seguirla. Ella vive aquí, y conoce el atajo para llegar a tiempo. Cuando llegamos a la parada de autobús, veo el número A6, que espera al semáforo anterior. Solo tengo tiempo de preguntar su nombre a esta señora tan amable antes de subir: Luz, me dijo. Luz Divina. La última foto que tomé antes de llegar a la capital gallega cobra sentido: el sol penetrando el bosque frondoso y dibujando en el suelo una peregrina de luz, un ángel y un corazón: somos luz caminando hacia el amor.

Dedicado a mi tía Yolande quien se dejaba morir mientras caminaba y decidió volver a la luz unos pocos días después de mi regreso.

Relato escrito por Marie-Cécile Grosjean (seudónimo)

Julio 2023. Etapa Santiago Finisterre Muxia Santiago.